

UNA DEFENSA CRÍTICA DEL LEGADO DEL LENINISMO

PAU PLANA

A pesar de todos los intentos de superar críticamente el leninismo, los comunistas de hoy seguimos teniendo una cuenta pendiente con su teoría y tesis políticas. El problema fundamental de las deudas históricas es que no pueden saldarse sin más apelando a la necesidad de crítica. La actual diversidad de opciones teóricas que se reclaman comunistas (especialmente las que aseguran haberse zafado del mugriento cadáver de Lenin) no debería hacernos perder de vista que el abanico de experiencias revolucionarias lleva demasiadas décadas atrancado en el mismo punto muerto. Aquí el marxismo leninista (entendido como el conjunto de experiencias revolucionarias inspiradas por el desarrollo de esta teoría, y no tanto como la coartada ideológica del «socialismo real» o «estalinismo») sigue ocupando un lugar de pleno derecho. No obstante, afirmar que la superación efectiva del comunismo

del siglo XX es una tarea que sólo puede consumarse mediante la práctica revolucionaria no nubla el hecho de que entender críticamente las tesis que guiaron las experiencias pasadas requiere de un rigor teórico que a menudo puede verse comprometido por maniobras de dudosa calidad intelectual. En este artículo trataremos de polemizar sobre algunos preceptos a fin de esclarecer cuestiones más o menos centrales del marxismo leninista, en un intento de remover los viejos tópicos que, de una y otra parte, han dificultado su justa comprensión.

Para ello tomaremos como referencia el potentísimo contenido político del *¿Qué hacer?*, un manual para la acción redactado en los albores del accidentado siglo XX, cuya rompedora teoría (y tesis políticas) tenía por objetivo desatar las potencias revolucionarias de una época en la que el consenso intelectual socialista conminaba al movimiento proletario a esperar pacientemente a que las cosas acontecieran a su debido tiempo de maduración social, económica, política y cultural; por lo que si algo caracteriza a esta obra de Lenin, por trivial que pueda parecer, es que se trata de una *acción de vanguardia*, un riguroso ejercicio de voluntad política que resulta de la *intelección* de una determinada situación histórica, concreta y específica de la lucha de clases. Y es que uno de los más recurrentes reproches al *¿Qué hacer?* versa, precisamente, sobre el presunto carácter «intelectualista» y «vanguardista» de sus planteamientos. En esta línea se ha llegado a decir de Lenin que, como buen heredero del populismo ruso, estaría postulando a una élite privilegiada (la vanguardia) como principio activo y consciente del que parte toda la acción de la historia, en oposición a la materia pasiva y carente de conciencia (la masa) que habría de ser guiada por unos cuantos individuos predestinados, contradiciendo así, radicalmente, los principios primeros del materialismo de Marx y Engels.

Pero no adelantemos acontecimientos, pues si de lo que se trata es de comenzar a entender críticamente el concepto leninista de «vanguardia proletaria», habremos de exponer bre-

vemente algunos presupuestos históricos, políticos y teóricos del *¿Qué hacer?*

Primer presupuesto. Siguiendo a Marx, el proletariado forma una clase propiamente dicha por cuanto la identidad de sus intereses engendra una articulación unitaria, es decir, una organización a escala política, una *comunidad*. O dicho de otra manera: el proletariado sólo actúa como una clase por cuanto se ha constituido en movimiento de clase *contra otra clase*. Si no se ha desarrollado esta comunidad, si no existe un movimiento unitario de clase, el proletariado no posee conciencia de *ser* (actuar como) una clase. Lenin, que sigue el planteamiento de Marx, extrae de aquí dos inferencias:

1. Tomadas aisladamente, es decir, abstraídas de la organización general que las articula (o está en proceso de articularlas) como parte de un movimiento unitario (que no uniforme), las luchas económicas sólo representan una forma particular y especialmente restringida tanto de la lucha proletaria como del escenario general de la lucha de clases.
2. Si no se ha desarrollado este movimiento unitario y sólo existen luchas aisladas, el proletariado no posee conciencia de clase. No obstante, si el proceso de constitución de dicho movimiento está en desarrollo y en un momento álgido del mismo, las luchas económicas pueden representar el «embrión» de aquella conciencia.

Es cierto, empero, que Lenin habla de «movimiento proletario» o «movimiento obrero» en distintos contextos y en ocasiones de manera ambigua, incluso para referirse exclusivamente a la lucha económica (i.e. sindical). Amparándose en la anfibología del término y especialmente en el uso restringido del mismo, algunas críticas le han querido acusar de establecer un fuerte dualismo, una suerte de «fractura metafísica» (¿cartesiana?) entre el movimiento proletario y el movimiento socialista, de modo que ambas realidades no existirían como

instancias diferenciadas de un mismo proceso de magnitud histórico-política, sino como fenómenos contrapuestos y casi independientes: por un lado, la masa proletaria y la inmediatez de su lucha estrictamente «económica», y por el otro, la vanguardia socialista y su elevada lucha política. De ahí le vendría entonces la ambición de *fusionar* ambos movimientos en uno solo. No obstante, si tenemos en cuenta que lo político no es para Lenin sino la síntesis o «concentrado» de lo económico (i.e., una forma concreta a través de la cual se manifiesta el contenido de la lucha de clases), no tiene mucho sentido adjudicarle esta absurda dicotomía.

Segundo presupuesto. A mediados de la segunda mitad del siglo XIX, el proletariado de distintos países europeos se había constituido en movimiento de clase unitario, heterogéneo y pluriforme. La clase proletaria actuaba como una clase en la medida en que había engendrado una comunidad política en lucha permanente contra la clase capitalista; sindicatos, asociaciones, partidos y vínculos orgánicos tanto a escala nacional como internacional eran la viva expresión de dicho movimiento. Como ya hemos señalado, unidad no equivale a uniformidad (ni siquiera a unicidad), tanto por lo que atañe al desarrollo orgánico del movimiento como a la conciencia práctica y efectiva del mismo, por lo que el llamado «movimiento socialista» no era más que una instancia diferenciada del movimiento de clase del proletariado, es decir, una forma particular, tanto teórica como política, de la lucha de clases.

Tercer presupuesto. Del mismo modo en que el declive del socialismo utópico (que se gana dicho apelativo precisamente por su carácter pequeñoburgués, y por tanto sometido a las ataduras objetivas —propiedad— y subjetivas —prejuicios— de su clase social) y la irrupción del «socialismo científico» se producen en un determinado momento histórico de la lucha de clases (concretamente, cuando el movimiento proletario se deslinda de la pequeña burguesía radical e inicia el camino hacia una acción política independiente), la teoría leninista o bolchevique es igualmente el producto histórico de una en-

crucijada política del movimiento de clase del proletariado, y por tanto determinada por el desarrollo de su experiencia práctica en una situación concreta de la lucha de clases.

158. Marx, K.; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, 1858.

Y es que a medida en que se agotaba el impulso histórico de las revoluciones democráticas burguesas, en las que el proletariado desempeña un papel fundamentalmente revolucionario, a menudo a expensas de la propia burguesía, comienzan a definirse las potencias políticas contradictorias del movimiento proletario, vale decir, su carácter potencialmente ambivalente en tanto que expresión fenoménica del antagonismo capital-trabajo, a saber: el hecho de ser capital (en cuanto fuerza de trabajo: mercancía que funge como capital variable) y, al mismo tiempo, no-capital (en cuanto trabajo vivo: actividad que ha de objetivarse para *devenir* mercancía). Es por ello que, si bien la negatividad de la sociedad burguesa reside en la incapacidad del trabajo para ser inmediatamente capital (o, dicho con Marx, «el verdadero no-capital es el trabajo»¹⁵⁸), la lucha por mejorar las condiciones de venta de la *fuerza de trabajo* no puede ser sino la llana afirmación del orden capitalista. De aquí se sigue que la revolución proletaria requiere de la realización política de dicha negatividad, de aquello que es de suyo irreductible a la pura unicidad o identidad del capital consigo mismo. En otras palabras: la revolución proletaria, en tanto que superación de la sociedad burguesa, sólo puede llevarse a cabo por medio de la auto-negación del proletariado como fuerza de trabajo y, simultáneamente, de la superación del trabajo mismo como especificidad de la relación social capitalista (total escisión entre la actividad productiva y los medios de producción y producto). Es así que el carácter reaccionario de los sindicatos en tanto que representantes oficiales de la mercancía fuerza de trabajo (i.e., de aquello que, lejos de negar, afirma el orden de cosas existente) sólo pudo emerger a gran escala cuando los Estados burgueses comenzaron a ser capaces de gestionar e integrar políticamente las reivindicaciones sindicales.

159. Bernstein, E.; *The theory of collapse and colonial policy*, 1898. La cita original dice: «[...] poquísimos interés, o intuición, de lo que por lo general se denomina “el objetivo final del socialismo”. Este objetivo, sea lo que sea, no significa nada para mí; el movimiento lo es todo».

A finales del siglo XX, la potencia ambivalente del movimiento proletario se manifestaba ya, tanto a nivel teórico como político, nacional e internacional, a través de sus destacamentos más avanzados. Como diría Lenin años más tarde, la vanguardia del socialismo único, que durante tanto tiempo había albergado en su seno una amplia heterogeneidad de tendencias más o menos enfrentadas, se dividía ahora en dos corrientes incompatibles y radicalmente antagónicas. Finalmente, la facción hegemónica conseguiría imponer sus tesis en la Segunda Internacional, según las cuales, y en nombre de la lenta y progresiva acumulación de fuerzas, la acción política de los partidos obreros debía someterse a las necesidades de las luchas sindicales; por su parte, la superación del capitalismo quedaba, en el mejor de los casos, postergada a un horizonte lejano, tan ininteligible como irrealizable. «El objetivo final no es nada; el movimiento lo es todo»¹⁵⁹, con esta fórmula sintetizaba Bernstein la naturaleza de la línea oportunista, reformista y sindicalista, a la que con tanto ímpetu y determinación hubo de enfrentarse el bolchevismo.

Cuarto presupuesto. Lenin, cuya concepción del movimiento de masas y de la lucha de clases estaba en las antípodas de considerarlos elementos pasivos de la historia, pudo intuir sin problemas que la línea oportunista de la vanguardia intelectual y política no era sino una expresión particular de la experiencia y conciencia práctica del movimiento general del proletariado, por lo que sus determinaciones debían explorarse en el conjunto del proceso social, empezando por donde *ciertas masas* y su particular conciencia del movimiento desempeñaban un papel determinante: las luchas económicas y su articulación sindical o tradeunionista. Precisamente por ello, Lenin ve en aquella conciencia de clase «embrionaria» que atribuye al gran movimiento huelguístico de 1895 y 1896 (en tanto que momento del proceso general en el que se están desarrollando los medios para la organización unitaria de la lucha) las potencias contradictorias del movimiento de clase del proletariado. Es en este sentido que puede postular el carácter tradeunionista de aquellos «embriones de lucha

de clases», demostrando cómo finalmente devienen en experiencia y conciencia «política» oportunista (dado que distinguir entre posibilidades reales y «falsas» es un ejercicio que sólo puede llevar a cabo desde un momento posterior), y, al mismo tiempo, el «gran paso adelante» que supuso para el movimiento proletario y la lucha de clases en general. Lo que había descubierto Lenin es que el potencial político oportunista del movimiento proletario se veía «espontáneamente» realizado mediante el mismo proceso social en que se desarrollaban las luchas económicas y la organización sindical; mientras que su potencial político revolucionario sólo podía empezar a realizarse (materializarse, organizarse) «por fuera» de la inmediatez de estas restringidas formas de lucha.

Quinto presupuesto (o mejor dicho, una corta periodización del escenario ruso de finales del siglo XIX inspirada en el *¿Qué hacer?* junto con algunas apreciaciones propias).

1. En la década de 1880 nace el marxismo ruso por influencia directa del marxismo alemán y, en general, del movimiento de clase internacional del proletariado. Destaca la labor del Grupo por la Emancipación del Trabajo y la difusión teórica entre pequeños núcleos intelectuales. En estos momentos la actividad práctica del proletariado ruso se limita a luchas económicas aisladas en torno a organizaciones sindicales de carácter local y sectorial, por lo que no existe un movimiento de clase real. A la pregunta de si estos pequeños núcleos socialistas (marxistas) podían ser considerados en aquel momento como «vanguardia intelectual del proletariado», habremos de responder: sí y no. Sí desde el punto de vista del movimiento proletario mundial: la participación de los Plejanov, Axelrod, etc., en los grandes debates de la Segunda Internacional supone el definitivo reconocimiento del marxismo ruso como parte integrante del movimiento socialista. No, sin embargo, desde el punto de vista de las luchas del proletariado ruso: y es que, como veremos más ade-

lante, la vanguardia del proletariado (independientemente de sus funciones: intelectual, política, organizativa, etc.) sólo existe en el seno de un movimiento de clase políticamente constituido o, en todo caso, en proceso de constituirse.

2. En la década de 1890 se produce un crecimiento sin precedentes del movimiento huelguístico. Es entonces que los círculos intelectuales marxistas pudieron comenzar a acercarse de manera efectiva a las luchas del proletariado ruso, pero no como el principio activo que se opone a la masa inconsciente y pasiva, sino como destacamento de vanguardia del movimiento proletario internacional, a saber: aquella minoría que, dadas sus condiciones concretas, había logrado sintetizar teóricamente la conciencia práctica del movimiento (en tanto que momento de la lucha de clases) en una forma más «elevada» de la misma. Una «conciencia de clase» que, por otra parte y en palabras del propio Lenin, estaba ya desarrollándose de manera embrionaria en la articulación de las luchas económicas de este periodo. Y el hecho de que los elementos más avanzados de aquellas luchas estuvieran efectivamente en condiciones de «elevar su conciencia» hasta posiciones de vanguardia, es decir, hasta lo más elevado del movimiento proletario internacional (lo que Lenin dio en llamar «conciencia política» en oposición al carácter restringido de la conciencia de las luchas económicas) no hacía sino confirmar el carácter activo y consciente de las masas tanto en el proceso de articulación unitaria del movimiento de clase, como en la conformación de sus propios destacamentos de vanguardia, siendo esto último un epifenómeno de dicho proceso.
3. A finales de la década y durante los primeros años de la siguiente, el llamado «economismo» o exaltación de las luchas económicas deviene en oportunismo político. Y es que, como venimos diciendo, la forma de con-

ciencia más «elevada» del movimiento proletario internacional, vale decir, el «movimiento socialista», no era de modo alguno uniforme, y en el contexto histórico de la década la heterogeneidad de tendencias teóricas estaba siendo ya sustituida por la conformación de dos corrientes resueltamente contrapuestas y cada vez más y mejor definidas en el terreno de la acción política, por lo que era cuestión de tiempo que, dada la creciente articulación unitaria de las luchas, se desarrollara una conciencia política oportunista (sindicalista, reformista) entre los distintos destacamentos organizativos e intelectuales del movimiento proletario ruso. Pero no como un conjunto de valores espirituales que la élite oportunista habría inyectado desde fuera a la masa material amorfa del proletariado, sino como resultado del despliegue real del movimiento de clase y de la realización política de sus propias potencialidades en un sentido determinado. Es en este contexto en el que Lenin plantea la necesidad de la teoría revolucionaria como resultado del desarrollo de la «conciencia desde fuera».

SOBRE LA PASIVIDAD DE LAS MASAS

Establecidos algunos de los presupuestos del *¿Qué hacer?*, y a poco que sigamos avanzando críticamente sobre sus planteamientos, veremos hasta qué punto se desfigura la tesis de Lenin de la conciencia desde fuera; la cual, convertida en un muñeco de paja, vendría a decir lo siguiente: como el proletariado es la materia (elemento pasivo) y no tiene conciencia (elemento activo), tiene que venir un grupo de intelectuales (¡burgueses para más inri!) a inyectársela desde no se sabe muy bien dónde. Y es que la crítica de la vanguardia como categoría que presupone la pasividad de las masas frente a la unilateralidad activa de una élite intelectual privilegiada —pertinente y certera cuando Marx se la dedicaba al teólogo Bruno Bauer— se empeña en desfondarse al declarar que en

160. Lenin, I. V.; *Cuadernos filosóficos*, 1916.

este punto Lenin estaría cayendo en una especie de «transposición» o «inversión» idealista. Al parecer, el gravísimo error del ruso consistiría en haber puesto la Idea donde debería estar la Materia como elemento activo del movimiento social, volteando «idealístamente» la *correcta* jerarquía ontológica que Marx había establecido. Es evidente que esta acusación quiere fundamentarse en el archiconocido fragmento del *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la economía política*, a saber: «no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino al contrario su ser social el que determina su conciencia».

No obstante, en la medida en que todo ser social está inseparablemente ligado a actos de conciencia (Lukács), este supuesto marxiano no puede consistir en una suerte de metafísica invertida, de manera que la Materia pase a ser el elemento primario que *se refleja* en la Idea; sino, precisamente, en poder afirmar el carácter originalmente activo de la conciencia (que otorga forma y sentido a la «realidad material») a la vez que se niega su existencia más allá del proceso social del que forma parte como momento (Adorno). Y si bien la teoría del reflejo resulta especialmente problemática en aquel extremo, dado que preserva un primer momento de pasividad de la conciencia, Lenin dedicará ulteriores y contundentes esfuerzos en demostrar hasta qué punto desempeña ésta un papel eminentemente activo, incluso *constitutivo* del proceso social («la conciencia del hombre no sólo refleja el mundo objetivo, sino que lo crea»¹⁶⁰). En este sentido, el *¿Qué hacer?* es una excelente muestra del conocimiento teórico que busca sintetizar la experiencia (¡que es también conciencia!) del contenido real de la lucha de clases. Y es que lejos de situarse por encima del proceso social, de la experiencia y conciencia efectiva del movimiento de clase, este saber teórico no representa nada más (¡ni nada menos!) que una forma particular de dicha conciencia. Por lo que el fenómeno de masas (entendido como el conjunto del movimiento práctico a través del cual se despliega la lucha del proletariado en todas sus expresiones) y el proceso social en que dicho fenómeno se desenvuelve (entendido como el escenario general de la lucha clases, i.e., las

relaciones clasistas que vertebran un determinado modo de producción social) están a años luz de una presunta pasividad ontológica respecto a la vanguardia del proletariado y el desarrollo mismo de su conciencia.

Sí es verdad, empero, que disponemos de una enorme variedad de citas y pasajes sobre el concepto de «vanguardia» que, debidamente abstraídos de su desarrollo teórico o simplificados hasta el absurdo, sirven para atribuir a Lenin las más disparatadas ideas. Pongamos un breve ejemplo. En el *¿Qué hacer?* se dice que el socialismo marxista había surgido en la Rusia de la década de 1880 con total independencia del movimiento obrero ruso, ¡incluso antes de que este existiera como tal! Torticeramente interpretada, esta afirmación de Lenin, que no es más que la constatación de un hecho empírico, ha servido para adjudicarle, fraudulentamente, la tesis de que la conciencia socialista (marxista) se había desarrollado entre un puñado de intelectuales rusos con total independencia no ya de la lucha de clases en general, sino de la actividad práctica de un proletariado decimonónico vivamente constituido en movimiento político. Poco importan las innumerables ocasiones en las que se menciona la influencia del marxismo alemán y, en términos más generales, el impulso político internacional del proletariado europeo como factores determinantes en el desarrollo «intrauterino» del marxismo ruso; pues de lo que aquí se trata, para unos y otros, es de endosar a Lenin el prejuicio populista de que las minorías intelectuales son el motor de la historia, el principio activo frente a la gran masa social vacía de espíritu.

SOBRE LA CONCIENCIA DESDE FUERA Y LA TEORÍA REVOLUCIONARIA

Por contra, una lectura más justa vendría a decir que, según Lenin, el movimiento proletario debía producir él mismo, desde su propia experiencia real y práctica viva en la lucha de clases, la forma de conciencia teórica que, en la

161. Lenin, I. V.; *¿Qué hacer?*, 1902.

medida en que se reconocía en las determinaciones del movimiento y del proceso social en el que se hallaba inmerso, fuese capaz de postular los medios necesarios para la realización política de su potencial revolucionario. La cuestión central es que esta acción política y colectiva de vanguardia orientada a elaborar una teoría revolucionaria (que diera lugar a unas tesis políticas concretas) debía desarrollarse *desde dentro* del movimiento de clase del proletariado, pero, al mismo tiempo, *desde fuera* de la restringida particularidad de las luchas económicas y sindicales. Es en esta línea que Lenin acusa al «bersteinianismo» de envilecer el marxismo «reduciendo el movimiento obrero y la lucha de clases a un tradeunionismo estrecho y a la lucha realista por reformas pequeñas y graduales»¹⁶¹. Así pues, sólo quien pretendía reducir el movimiento general del proletariado a una forma entre tantas en las que se desplegaba el contenido de la lucha de clases estaba en condiciones de afirmar, coherentemente, que el resto de sus formas y expresiones (a saber: organizaciones políticas, espacios de desarrollo y confrontación teórica, vínculos orgánicos con el movimiento internacional, etc.) representaban el *afuera* del movimiento y de la lucha de clases, el *más allá* de donde el proletariado había de importar o extraer el espíritu revolucionario del que carecía.

Sin embargo, la discusión y difusión (que era a su vez elaboración y producción) de la teoría revolucionaria no había de ser un momento teórico estrictamente contemplativo; primero porque tenía lugar en el seno de un movimiento político de clase (i.e., un agente social efectivamente actuante) y, segundo, porque debía desenvolverse por medio de la lucha teórica (y a través de la confrontación de tesis políticas) entre sus distintos destacamentos de vanguardia, pues sólo así, como resultado de la acción política colectiva, podía el movimiento escindir-se realmente del oportunismo al tiempo que se dotaba de dicha forma de conciencia teórica.

Otro punto problemático consiste en equiparar este momento teórico, que, como decimos, es también decisivamente

político, con el surgimiento de algo así como una «conciencia revolucionaria». En primer lugar, porque de la teoría revolucionaria se dice que es condición de posibilidad del movimiento revolucionario, pero no el movimiento revolucionario mismo, por lo que la famosa sentencia leninista de que «sin teoría revolucionaria, tampoco puede haber movimiento revolucionario» no puede estar, como a tan a menudo se presta, al servicio de un *non sequitur* de manual, según el cual si existe un grupo de individuos autoproclamado «vanguardia proletaria» que ha elaborado una teoría o tesis política presuntamente encaminada a organizar la revolución, entonces podemos inferir que la actividad de dicho grupo organizado corresponde ya al «movimiento revolucionario». En segundo lugar, porque el desarrollo de una teoría orientada a realizar el potencial revolucionario de una determinada situación histórico-concreta de la lucha de clases, en tanto que momento teórico necesario para hacer despegar la revolución, no puede corresponderse inmediatamente al desarrollo de la llamada «conciencia revolucionaria», pues ésta no es algo «en sí» que preceda al (o que exista más allá del) movimiento revolucionario, sino una forma de conciencia efectiva que sólo puede ser o existir como parte indisociable de la acción política que *de facto* revoluciona el proceso social. Y decimos que no puede corresponderse *inmediatamente* porque, en todo caso, el sentido de un determinado momento teórico como germen o embrión de un futuro movimiento revolucionario (y, por tanto, de la «conciencia revolucionaria» misma) sólo puede surgir *retroactivamente*, dado que no aparece como tal sino desde la conciencia que se proyecta desde un momento ulterior en el que la acción revolucionaria es ya un hecho objetivamente consumado.

SOBRE EL CONCEPTO DE VANGUARDIA

Como venimos defendiendo, la propagación de la teoría revolucionaria mediante el proceso de lucha teórica entre los distintos destacamentos del movimiento proletario no

162. Marx, K. y Engels, F.; *Manifiesto del Partido Comunista*, 1848.

constituía un fenómeno separado de la práctica viva del movimiento y de sus potencias políticas, sino una forma de conciencia teórica desarrollada políticamente en el seno del propio movimiento; y es que la conciencia que «conoce» y busca realizar el contenido revolucionario de un determinado escenario de la lucha de clases no deja de ser nunca un momento del mismo, del proceso social en que se desenvuelve. Del mismo modo, no se trata de que los elementos más avanzados de las luchas económicas del proletariado no pudieran desarrollar «conciencia revolucionaria» (de hecho, la desarrollarán por sí mismos mediante su participación real, práctica en el movimiento revolucionario, y más concretamente, por medio de su participación activa en los órganos de poder proletario), sino que, dada la división social entre trabajo manual y trabajo intelectual, no estaban en condiciones de realizar un desarrollo teórico de tal envergadura y profundidad que pudiera apropiarse tanto de la experiencia histórica, como de la práctica viva del movimiento en toda su amplitud. O dicho de otra manera: si bien no eran capaces de elaborar por sí mismos dicho conocimiento teórico, sí estaban en plenas condiciones de aprehenderlo, pues no era nada «separado» del estado real de la lucha de clases ni del movimiento general en el que se hallaban inmersos, sino un grado de comprensión más profundo y elevado del mismo, de sus potencias revolucionarias y de los medios necesarios para su realización política.

En este sentido, y siguiendo la línea que hemos sostenido a lo largo del texto, la vanguardia proletaria se conforma por medio del movimiento de clase del que forma parte como destacamento político y/o intelectual. No se trata, pues, de una invención fantástica del «populismo bolchevique», sino de un hecho real, empíricamente contrastable que, por lo demás, puede rastrearse sin grandes dificultades en los textos de Marx. Por ejemplo, ya en 1848, habiendo dado apenas los primeros pasos de su vida política, afirma que los comunistas representan «el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás»¹⁶². Es precisamente este *impulsar hacia adelante* la

acción política a través de la cual se constituye la vanguardia. De igual modo, y casi al final de su andadura política, dirá: «Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación [la Asociación Internacional de los Trabajadores] aparezcan a la vanguardia»¹⁶³.

163. Marx, K.; *La guerra civil en Francia*, 1871.

Y es que, etimológicamente hablando, «vanguardia» es un concepto procedente del ámbito militar que hace referencia a la parte más adelantada de un ejército, por lo que si tiene sentido aplicarlo en el ámbito de la política es para denominar a los distintos destacamentos o elementos de avanzadilla de una fuerza constituida y vivamente articulada o, en todo caso, en proceso de constituirse como tal fuerza, es decir, haciendo siempre alusión a una parte determinada por un todo en movimiento. Así pues, la vanguardia del proletariado no existe sino a través del movimiento proletario, o lo que es lo mismo, «aparece» en la medida en que actúa como tal en el seno de una determinada magnitud organizativa de la clase.

Y si bien no son pocas las cuestiones actualmente problemáticas del leninismo, la *hipostatización* de la vanguardia proletaria como una entidad política autosustentada y, por tanto, capaz de sobrevivir a la desarticulación del movimiento de clase del proletariado, no corre de su cuenta. Cabría preguntarse entonces hasta qué punto coincide esta maniobra de entelequización con el proceso histórico que institucionaliza al marxismo como ortodoxia y dogma de Estado; y más concretamente, con la necesidad de la burguesía burocrática soviética de presentarse a sí misma como la eterna y soberana vanguardia del proletariado mundial, al tiempo que la base social del PCUS, ya plenamente subsumido en el aparato estatal, quedaba tendencialmente restringida a la herencia del movimiento estajanovista, a saber: la consolidación de una aristocracia obrera oportunista cuyas condiciones de existencia se oponían radicalmente a los intereses de las grandes masas del proletariado soviético, crecientemente desplaza-

das de las relaciones burocráticas y corporativas del régimen político realmente existente.

Así cerramos esta breve, incompleta y, sin duda, discutible aproximación a algunas de las ideas centrales del leninismo, no sin antes apelar a la reflexión colectiva, a la mirada crítica que se dirige al estado actual de las cosas y, particularmente, al momento que vive nuestra clase, el proletariado ausente, carente de articulación política, de movimiento y, por tanto, de vanguardia. En este punto, de nada sirve apelar a las partes mutiladas de un cuerpo que ya no existe: su espíritu, disuelto, perdido en la totalidad capitalista, no habita los vestigios del cadáver. Reanimar el espíritu es reavivar la potencia revolucionaria de este mundo cosificado, reconocernos en los cuerpos extraños que la retienen, desgarrarnos en ellos, escindirnos para dotarnos de uno propio y de un espíritu renovado.